

23-F: “LO PUBLICADO NO SE PARECE A LO QUE YO VIVÍ”

Juan Carlos Rodríguez Ibarra: testigo del Golpe de Estado

Juan Carlos Rodríguez Ibarra, expresidente de la Junta de Extremadura, ofreció el 5 de mayo de 2016 a “Tiempo Presente- Revista de Historia” un interesante testimonio que reproduzco a continuación. Se trata de un análisis del 23-F, vivido en primera persona por Rodríguez Ibarra, que aquella noche se encontraba entre los diputados del Congreso retenidos, “manu militari”, por las fuerzas del teniente coronel Tejero.

Comienza nuestro entrevistado agradeciendo la oportunidad que esta revista le brinda de narrar su testimonio:

Es bueno que a la gente que esté viva se nos pregunte. Las autobiografías corren el riesgo de no ser objetivas, por eso conviene que haya conversación y testimonio, subjetivo pero riguroso.

Y continúa afirmando que la percepción que hoy se tiene de aquel golpe de Estado no coincide con lo que él vivió aquella noche en el hemiciclo:

Lo publicado no se compadece con lo que yo presencié. Aquello parece que fue una chapuza y que los guardias civiles no sabían lo que estaban haciendo. Pero yo experimenté todo lo contrario...

Como muchas veces ocurre en la historia, el azar nos sitúa en un momento y en un lugar que jamás olvidaremos después:

Aquella tarde estuve a punto de no asistir a la sesión del Congreso, donde se produciría la segunda votación para la investidura de Calvo Sotelo, porque no me encontraba bien físicamente. Pero finalmente me recuperé y pude ir. Fue, desde luego, una experiencia vital de gran importancia, porque durante algunos instantes de aquella noche creí que no saldría vivo de allí.

Una vez hecha esta reflexión, Rodríguez Ibarra nos habla de la difícil situación política antes del golpe:

Suárez presenta su dimisión el 29 de enero de 1981. Una dimisión enigmática, pues dice en el discurso televisado donde comunica su decisión que “se va porque no quiere que la democracia vuelva a convertirse, de nuevo, en un breve paréntesis dentro de la Historia de España”. Yo me pregunto: ¿Estaba anunciando que podría haber un golpe? No sería descabellado, porque antes, en el 80, tuvo lugar la Operación Galaxia (protagonizada por Tejero e Inestrillas y abortada por los servicios de inteligencia del Estado).

Es curioso observar que, en aquellos momentos (principios de 1981), la sociedad española parecía estar harta de sus políticos y de la política. Al dimitir, Suárez dice: “me marchó para que el pueblo recupere su confianza en la política y en la democracia”. Me sorprende, porque la gente ya estaba harta, y era sólo el

año 1981. Llevábamos apenas tres años de democracia y cundía ya aquello que los medios llamaron “el desencanto”. Aquí habría que citar a Ortega, que en 1920 dice con ironía que España tiene los mejores profesores, los mejores médicos, los mejores abogados, en definitiva, los mejores profesionales... pero los peores políticos. Yo creo que ni tenemos un país tan bueno, ni los políticos son tan malos. En resumen, me sorprende que a los tres años estuviéramos cansados de la democracia, y durante cuarenta apenas mostráramos cansancio de la dictadura. Es cierto que la movilización social fue creciendo a medida que el régimen de Franco se acercaba a su fase terminal, pero no fue, desde luego, mayoritaria. En 1977 sólo había unos 3000 militantes en el PSOE.

¿Cómo era aquel “ambiente de golpe” al que usted ha aludido?

ETA era cruel, y la oposición no reaccionó bien en aquella lucha contra la banda terrorista. Recuerdo una sesión del Congreso donde se pide explicación al ministro de interior por el caso Arregi¹. Nicolás Redondo rompió el pupitre durante su vehemente oposición al gobierno por aquellos hechos. El PSOE no entendía en ese momento cuán complicada era la lucha contra ETA. Pedíamos un Estado de derecho como el de Suecia, pero olvidábamos que ese Estado de derecho, con garantías, estaba aún en construcción; y que ello entrañaba un proceso arduo, largo y delicado.

Una anécdota confirma el tenso ambiente que se vivía en España a principios de 1981:

Algunos compañeros, diputados en el Congreso en 1981, comentábamos que, si había un golpe de Estado, ningún sedicioso se acordaría de buscarnos en el hostal donde nos hospedábamos. Pero el hecho de que habláramos de este tema significaba que el ambiente era tenso, debido al terrorismo etarra y a la incomprensión, por parte de los militares, de la descentralización de España. Buena parte del Ejército pensaba que la democracia era débil, y había que volver a la dictadura.

A continuación, pregunto a Rodríguez Ibarra por los hechos que presencié desde su escaño. Su relato describe cómo los diputados sufrieron un trato humillante por parte de la mayoría de los guardias civiles que ocuparon el Congreso. Su actitud, desde luego, no era amable ni respetuosa, y el ambiente resultaba especialmente tenso, cargado de incertidumbre, falsos rumores y temor, mucho temor...

En plena votación de investidura, un ujier entra corriendo y rompe una puerta de acceso. Yo estaba situado a la izquierda del hemiciclo, junto a la escalera que separa al PSOE de Convergencia. Estaba cerca de Miquel Roca, simplemente nos separaba la escalera. Y a la derecha, más arriba, estaban los del PCE.

Cuando presencié aquella escena, el ujier entrando precipitadamente en el hemiciclo, enseguida pensé que se trataba de un golpe. En un principio, confundí a Tejero con Inestrillas. La situación era muy tensa, los comentarios en voz baja continuos. Había sorpresa y temor por el hecho de que aquello fuera un golpe de Estado. Recuerdo que, cada vez que entraba Tejero, los guardias cargaban las metralletas...

¹ José Arregi, militante de ETA, murió el 13 de febrero de 1981 como consecuencia de las torturas a las que fue sometido durante un interrogatorio por parte de las fuerzas de seguridad del Estado.

Tejero, desde la tribuna, ordena tirarnos al suelo, pero nadie lo hace. Entonces comienzan los disparos. Es en ese momento cuando nos tiramos al suelo, instintivamente, para salvar la vida. Yo oía los disparos pero seguía vivo. Pensé que tenía mucha suerte porque creía que los demás estarían muertos, fueron unos segundos dramáticos.

Pero una de las cosas más duras que viví aquella noche fue la humillación constante a la que estuvimos sometidos. La actitud de los ocupantes siempre fue violenta. Estaba prohibido hablar, leer y escribir. Tan sólo podías ir al baño cuando Tejero daba permiso. Resultaba humillante observar cómo diputados ilustres, importantes figuras políticas de nuestro país, levantaban el dedo para ir al aseo. Y después, dentro, un guardia civil apuntaba mientras orinabas. El trato, desde luego, fue vejatorio.

Y luego hubo episodios especialmente tensos, como cuando Tejero ordenó a los guardias que, si se iba la luz, prendieran fuego a la estopa de las sillas y dispararan contra cualquier sombra que se les aproximara.

Lo más terrorífico de todo aquello era, sin duda, la falta de información. Nunca nos enteramos de lo que estaba ocurriendo en la calle. Según supimos cuando salimos, Abril Martorell tenía un transistor que conectaba cuando podía. Lo que pudiera comentar en voz baja llegaba a los escaños, pero sin credibilidad, porque nadie salía del hemiciclo para corroborar lo transmitido.

Miquel Roca, que se sentaba al otro lado de la escalerilla, me hizo gestos de que el ejército permanecía fiel a la Constitución, pero pronto aparecería Pardo Zancada con cien soldados, lo cual desmentía la información anterior, así que decidí no creer nada.

A lo largo de aquella noche, nunca fuimos conscientes de que el golpe había fracasado, más bien creíamos todo lo contrario. Los guardias seguían manteniendo una actitud muy dura contra nosotros. De hecho, a las cinco o las seis de la mañana, algunos empiezan a decirnos que no saben qué hacen allí, entonces Demetrio Madrid les pregunta: “si les ordenan disparar, no lo harán, ¿no?” Y un guardia le respondió: “yo sé a los que tengo que matar”. Aquellas palabras confirmaban el odio que se les había inculcado y la violenta actitud que siempre mantuvieron hacia nosotros. Otra escena que viene a reforzar esta afirmación es aquella que se produce en torno a las 12 de la mañana del día 24 de febrero, cuando salimos del hemiciclo entre dos hileras de guardias civiles. Los insultos que nos dirigían eran continuos.

Allí se faltó el respeto continuamente. A eso de las seis de la mañana, Fraga estalla y dice que se va. Tejero llega enseguida a su escaño y le contesta, poniéndole una mano sobre el hombro: “usted no va a ningún sitio”. Enfadado, Fraga le grita: “no me ponga la mano encima”. Y Tejero le responde, con ambas manos sobre los hombros, empujándolo hacia abajo para que se sentara: “una no, las dos”. En ese momento la tensión fue tremenda, porque entraron los guardias civiles cargando las armas. Todos lamentamos el gesto inútil de Fraga, máxime cuando a esa hora los guardias sabían que el golpe no iba a ninguna parte, y pensamos en el peor de los desenlaces. De hecho, Pablo Castellano llegó a pensar, porque me lo dijo después, que “de aquí nos llevan al Bernabéu, para fusilarnos, o al cementerio”. En honor a la verdad, en contra de lo que se ha escrito sobre la “cobardía” de los diputados tirándonos al suelo cuando disparaban las metralletas, yo sostengo que hicimos lo mejor que se podía hacer en esos momentos. Con un sólo muerto que hubiera habido, el golpe habría resultado imparable.

Interrumpo a Juan Carlos Rodríguez Ibarra para preguntarle cómo vivió su salida del Congreso aquella mañana del 24 de febrero:

Cuando Landelino Lavilla, presidente del Congreso, levanta la sesión, todos decimos que no nos vamos hasta que no lleguen nuestros dirigentes. Creíamos que los habían matado cuando se los llevó Tejero al principio de la noche. La sensación, al salir, fue de alivio, aunque el susto aún no se había pasado.

¿Y qué anécdotas destaca?

Yo me fijé en un detalle que aún no he podido explicar, y que nadie lo ha hecho. A lo largo de toda la noche, había muchas personas de paisano, pululando por las tribunas del hemiciclo, con unas carpetas negras que tenían pegatinas en su exterior. Nunca he sabido quiénes eran esas personas ni cuál era su cometido allí. Es uno de los muchos misterios del golpe, al que podrían añadirse, por ejemplo, las famosas cintas magnetofónicas que guardan las conversaciones de los ocupantes del Congreso con el exterior. Nadie sabe dónde están y nunca han podido analizarse.

Luego hubo anécdotas graciosas, a pesar de la gravedad de la situación. Cuando Milans saca los tanques por Valencia, un guardia civil subió a la tribuna con la intención de leernos el bando de Milans, pero el teletipo que empieza a leer contiene los resultados de los partidos de fútbol jugados el día anterior (domingo). Ni corto ni perezoso, el guardia comienza a leer los resultados, hasta que un superior le quita el papel y lee el bando de Milans. En aquel momento, yo creí que el bando era para toda España, y no sólo para Valencia, y experimenté una gran angustia.

¿Cómo pueden aguantarse, psicológicamente, tantas horas de tensión?

Durante las dos o tres primeras horas, el desánimo se apoderó de mí. Pensaba en mi gente, en mis amigos y compañeros a los que veía fusilados o encarcelados. Pensé en la tragedia que, de nuevo, se apoderaba de mi país. Poco a poco fui eliminando incertidumbres y recolocando a la gente que me importaba, situándolas en espacios de libertad. Una vez que me concienció de que a ellos no les pasaría nada, afronté la posibilidad de la muerte con bastante serenidad. La cabeza es la que dirige lo negativo y lo positivo. Eso me consoló mucho, era un mecanismo de defensa psicológica, y me tranquilizó, pues pensaba: “si me matan, al menos mi familia se habrá salvado”. Gracias a estos pensamientos me tranquilicé, y pude afrontar con más sosiego aquellas horas tan difíciles.

Una vez cerramos el relato de su experiencia en el hemiciclo durante el 23-F, pregunto a Rodríguez Ibarra por la postura del PSOE frente a Suárez antes del golpe. ¿No fue demasiado dura la oposición, desmedida incluso?

Sabíamos que el gobierno era débil, que Suárez ya no daba más de sí. La imagen de Adolfo Suárez en aquel momento era distinta a la que hoy tenemos de él. En aquel año 80, principios del 81, se trataba de un hombre acabado, que se descomponía al hablar en la tribuna. Los debates eran penosos para Suárez: Fraga, Carrillo, Arzalluz, Sagaseta, Piñar, Felipe lo destrozaban dialécticamente. La única defensa se la proporcionaba Abril Martorell y, la verdad, no le servía de mucho. Suárez estaba fuera de juego.

Su partido, además, estaba roto, pues los barones lo traicionaban. Había ministros de Suárez que, tras los Consejos, le contaban a Felipe lo que se había hablado y lo que estaba pasando.

El país iba muy mal. Los socialistas considerábamos que el gobierno había fracasado. Es cierto que fuimos duros con Suárez, pero es que la situación era muy complicada. La moción de censura que llevamos a cabo en mayo de 1980 era una manera de escenificar el fracaso del gobierno.

A continuación, el expresidente de la Junta de Extremadura reflexiona sobre las consecuencias del golpe. Y nos ofrece una curiosa interpretación:

La prensa y la mayor parte de la sociedad española sabían que, en las próximas elecciones, el gobierno pasaría a manos del PSOE, habida cuenta de la descomposición de UCD. Tengo una teoría personal: yo creo que el golpe sirvió para “ablandar al PSOE”. Y eso lo utilizó muy bien la derecha y la extrema derecha. Estas fuerzas pensaban que los socialistas ganaríamos, más pronto que tarde, el gobierno, así que el golpe pudo ser una manera de asustarnos... y lo consiguieron.

Si el triunfo del golpe era difícil; si la dictadura de él surgida habría tenido serias dificultades para sobrevivir en medio de una Europa occidental democrática... ¿por qué se hizo el golpe? Mi tesis es que quisieron asustar al PSOE, persiguieron un efecto inhibitor de nuestros iniciales proyectos políticos. Y en buena parte lo consiguieron, pues el gobierno previsto por Felipe no es el que finalmente cristaliza. Gómez Llorente, De Vicente, figuras que, se pensaba, ocuparían el primer gobierno socialista, tenían poco que ver con quienes finalmente se sentaron en el Consejo de Ministros, personalidades como Boyer o Solchaga. Por otra parte, la aplicación de La LOAPA (que embrida el proceso autonómico) y otras decisiones posteriores también corroboran esta tesis.

Tras la victoria del PSOE en 1982, Felipe González nos dice, en una reunión del grupo parlamentario, que el gran apoyo conquistado en las urnas y que se ha traducido en 202 diputados no puede hacernos pensar que tenemos todo el poder y que lo disfrutaremos sin problemas. “Mañana”, advirtió Felipe, “nos pueden montar una huelga los maestros, los médicos... y entonces duramos poco gobernando. Así que es necesario moderarse, no ir a fondo con nuestro programa”. Esto nos lo dijo nada más ganar en el 82. Las huelgas estaban por llegar, pero el 23-F ya había ocurrido y, sin duda, tuvo mucho que ver en este giro hacia la moderación.

Volvamos a la crisis del gobierno Suárez y a la estrategia socialista. Gastado el cartucho de la moción de censura contra el presidente en mayo del 80, ¿está de acuerdo el PSOE con la idea, entonces muy extendida, de formar un gobierno de concentración para sustituir a Suárez?

La situación política que hoy vive España tiene algunas coincidencias, salvando muchas distancias, con la experimentada en aquel momento. Me refiero a la relación existente entre los partidos, así como a las preferencias y objetivos de éstos. Mariano Rajoy y Pablo Iglesias son, ahora, excelentes aliados contra el PSOE. Aunque no compartan principios ideológicos, sus intereses políticos les unen para “hacer la pinza” contra los socialistas. De la misma forma, aprovechando la debilidad de UCD, Carrillo quiso aliarse con Suárez para evitar el gobierno del PSOE, que en aquellos momentos era la fuerza política con más posibilidades de gobernar. En 1979 habíamos renunciado al marxismo, nos habíamos moderado, adaptado a la sociedad (por cierto, eso es lo que debe hoy hacer el PSOE, adaptarse a los nuevos tiempos). Habíamos emprendido una línea política que nos situaba, claramente, como alternativa de gobierno, por eso Carrillo

trabaja por ese pacto UCD-PCE. El gobierno de concentración era, por tanto, una estrategia para evitar que el PSOE llegara al poder.

Sin embargo, quizá algunos socialistas “coquetearon” con la posibilidad de impulsar un gobierno de concentración para salir del marasmo político existente en aquellos momentos. ¿De qué hablaron Enrique Múgica y Alfonso Armada en Lérida a finales de 1980? ¿Acaso el PSOE barajó, alguna vez, que ese hipotético gobierno de concentración pudiera estar presidido por un militar de prestigio y con pedigrí democrático como, en ese momento, parecía ser Alfonso Armada?

Nadie de la ejecutiva ordenó a Múgica que hiciera ese contacto. Enrique Múgica habla con Alfonso Armada a título personal, nunca instado por el partido. De hecho, el PSOE se entera de esa conversación por la prensa.

En aquella reunión de Lérida, según leímos en los periódicos, también estuvo Joan Raventós, un hombre serio y poco dado a conspiraciones, así que no creo que allí se tratara nada parecido a la organización de un gobierno de concentración presidido por Armada.

Felipe González nunca barajó un gobierno de concentración, porque veía que UCD iba a caer y el PCE no era un peligro para nosotros. Estaba claro que el PSOE iba a gobernar más pronto que tarde. Además, la figura de Felipe se engrandece cuando Suárez dimite...

¿Cree que la dimisión de Suárez aceleró el 23-F?

La tensión pudo con Suárez. Recuerdo las escenas vividas en los entierros de militares asesinados por ETA. Muchos compañeros de armas insultaban a Gutiérrez Mellado y al propio presidente del gobierno, porque consideraban que su ejecutivo no hacía lo suficiente en la lucha contra el terrorismo. Por otra parte, su partido lo despreciaba y quiso eliminarlo. Yo creo que Suárez se va porque no encuentra respaldo en su partido, en el Ejército, en la derecha y ni siquiera en el Rey, que había sido su valedor hasta ese momento. Al sentirse solo, Suárez quizá pensó que con su salida podría detener el golpe que ya estaba fraguándose. Desde mi punto de vista, eso era un error, porque con sólo quitarse de en medio no iba a parar el golpe.

El malestar del Rey con Suárez, nunca disimulado por el monarca en aquellos momentos, ¿pudo ser interpretado por algunos militares como una invitación a “coger las riendas de la nación para enderezar el rumbo”?

Es posible que el Rey dijera que estaba harto de Suárez, pero eso no significa que diera luz verde a un golpe de Estado.

¿Cómo interpretó el PSOE la sucesión de Suárez en la persona de Calvo Sotelo?

Pensamos que aquello era una solución de urgencia, poco duradera. Calvo Sotelo era un tipo simpático, con un humor inglés muy inteligente, pero en términos políticos no pesaba mucho.

Desde 1980 nosotros estamos convencidos de que pronto seremos la primera fuerza política de este país. Mucha gente estaba entusiasmada con nuestro partido.

A las 12 de la noche, seis horas después del secuestro del Congreso de los Diputados, Alfonso Armada cruza la Carrera de San Jerónimo con una propuesta que cuenta con el beneplácito de la Zarzuela. Se trata de un plan para desbloquear la situación y evitar así un desenlace que podría ser dramático. Dicho plan consiste en ofrecer a los diputados un gobierno de concentración con participación centrista, socialista e incluso comunista, presidido por el propio Alfonso Armada. Una vez retiradas las fuerzas ocupantes, Armada plantearía a los diputados esta posibilidad como la opción más viable para solucionar la crisis.

Antes de entrar en el hemiciclo, y en una conversación que tiene lugar en el edificio acristalado del Congreso, Armada dice a Tejero que va a proponer a los diputados la solución del problema y que, antes, sus fuerzas tienen que retirarse. Los asaltantes y sus mandos pasarán un tiempo prudencial en el extranjero, hasta que todo se tranquilice.

Tejero le dice a Armada que quiere ver esa propuesta. Cuando el teniente coronel Tejero observa que en la lista de ese hipotético gobierno se hallan nombres de socialistas, centristas y comunistas, mira con desprecio a Armada y le contesta: “yo no he asaltado el Congreso para esto”.

Fracasa así la “solución Armada”, y el “no” de Tejero conduce a la intentona golpista hacia un callejón sin salida cuyo desenlace llegaría a las 12 de la mañana del día siguiente, cuando las fuerzas ocupantes se retiran y los diputados pueden salir, libres, por su propio pie.

Estos hechos quedaron probados en sentencia firme por los tribunales que juzgaron el golpe —el Consejo Supremo de Justicia Militar (en junio de 1982) y la Sala Penal del Tribunal Supremo (en abril de 1983)—, y han sido documentados por los periodistas e historiadores que han investigado el 23-F. ¿Cuál es su interpretación?

En primer lugar, ningún diputado sabe qué está ocurriendo fuera, y por tanto no tenemos noticia de esta maniobra. Sin embargo, recuerdo que en un momento dado, serían las ocho de la tarde, Tejero entra en el hemiciclo y dice a los guardias que la primera región militar, la segunda, la tercera, la cuarta y la quinta han proclamado Jefe del Estado a Milans del Bosch. Enrique Ballesteros, diputado por Badajoz, me dijo (se sentaba a mi lado) que el golpe había fracasado, porque no pueden levantarse las regiones por orden, era demasiado perfecto y, por lo tanto, aquello parecía más un farol de Tejero que un hecho consumado. Enrique dominaba la estadística, pero a mí no me dio tranquilidad su premonición. Quiero decir con esto que Tejero siempre habla de Milans, nunca de Armada, lo cual me hace pensar que no esperaba el ofrecimiento de éste.

Sea como fuere, los diputados no hubiésemos aceptado la situación que pretendía el general Armada. Ni formalmente, ni en el fondo político, la cuestión era tolerable. Bajo amenaza de muerte, quizá hubiéramos votado a favor de Armada, pero esa votación no tiene valor al día siguiente. Y, desde luego, si se retiran los guardias civiles, no votamos. Aquello hubiera sido un esperpento “valle-inclanesco”. Supongo

que esa propuesta de gobierno de concentración esgrimida por Armada a las 12 de la noche obedecería a un intento desesperado para desactivar a Tejero, engañándolo. No tiene otra explicación, porque desde luego la propuesta era descabellada: ¿Suárez habría votado presidente a Armada, en quien no confiaba desde hacía tiempo? Ninguno de los diputados lo hubiésemos aceptado. Bajo la amenaza de las metralletas no hubiéramos tenido más remedio que escuchar la perorata de Armada, pero en esa misma reunión, si el general se hubiese ofrecido como presidente, le habríamos vetado. Esa situación no era contemplable ni como escenario político. Así que, repito, me parece que esa propuesta pudo ser un intento de desactivar a Tejero y posibilitar así su salida del Congreso.

Después del golpe y del breve gobierno de Calvo Sotelo, ¿qué situación se encuentra el PSOE cuando llega a la Moncloa?, ¿cómo gestiona el delicado ambiente en los cuarteles?

Hubo, al menos, dos intentos más de golpe tras el 23-F. El 27 de octubre del 82 se descubre que el coronel Cuspinera y su hermano están preparando otra operación involucionista. En el 83, en Zaragoza, un grupo de golpistas había previsto la colocación de un artefacto bajo la tribuna desde la que el Rey presidiría el desfile de las Fuerzas Armadas. La tensión, por tanto, siguió existiendo, y el ánimo conspirador no decayó, al menos en los primeros años que nosotros ocupamos la Moncloa.

Tengo que decir, sin embargo, que durante mi experiencia como presidente del gobierno de Extremadura, observé una satisfactoria evolución en el Ejército. Al principio, los militares que recibía en mi despacho aún estaban muy influidos por el régimen anterior, pero poco a poco van llegando profesionales al mando de las Fuerzas Armadas comprometidos con la democracia, muy bien formados. Por tanto, progresivamente, el Ejército fue alejándose de esta tentación golpista y aceptó plenamente el sistema democrático definido por la Constitución de 1978.

Al terminar esta entrevista, volvemos a la idea inicial. Juan Carlos Rodríguez Ibarra considera acertado que los historiadores nos interese por los testimonios de quienes participaron en aquella difícil Transición a la democracia, sobre todo porque en los últimos años aquél proceso de transformación política parece haber caído en el descrédito. Sin perder de vista los errores cometidos, conviene detenerse en la complejidad que entraña el paso de una dictadura a una democracia:

La transición fue lo mejor que se pudo hacer para España. Se llegó al límite de lo asumible. Si la izquierda se hubiera radicalizado en exceso, sus adversarios no lo hubieran aceptado. De igual manera, si la derecha se hubiera enrocado en sus principios, la izquierda nunca habría hablado con ella. La Constitución supuso un texto de gran valor histórico porque fue asumida por la mayoría. Era un pacto entre ganadores y perdedores de la Guerra Civil. Los hijos de los perdedores no acumulamos odio contra los ganadores, por eso pudimos, consensuadamente, forjar un texto constitucional que, por primera vez en nuestra Historia, no impusiera los pensamientos de media España sobre la otra media. Fue un texto basado en la concordia, y eso tiene mucho mérito. Quienes dicen que la izquierda se moderó demasiado, hay que preguntarles qué habría de haber hecho. Si la izquierda se hubiera radicalizado, el pacto habría sido poco probable y, en todo caso, la Constitución resultante hubiera servido sólo para la mitad de los españoles. No era esto lo que buscábamos. Después de una historia tan convulsa, España necesitaba una Constitución

hecha para todos, asumida tanto por la izquierda como por la derecha. Esa fue la gran obra de la Transición.

“Tiempo Presente, revista de Historia” agradece a Juan Carlos Rodríguez Ibarra su amable colaboración. Sin duda, testimonios como el suyo son de gran importancia para los historiadores, pues ayudan a la comprensión de un proceso de cambio político tan complejo como fascinante.

*Alfonso Pinilla García
Universidad de Extremadura*